

mer lugar el asunto de su obra era sobradamente profano para que en ella pudiese haber en su justo lugar la historia del milagro, y en segundo son muy numerosas las citas que hace del nombre de Nuestra Señora de Guadalupe, para que pueda ser fundado el cargo injusto que ha hecho el susodicho historiador.

Capítulo XI

Continúa comprobándose la tradición

EL milagro guadalupano está de tal modo comprobado por la tradición, que con sólo ella nada perdería de su crédito, aun cuando nadie se hubiese ocupado de escribir su historia y de relatarnos sus circunstancias.

Ninguna de las tradiciones del Nuevo Mundo puede competir en antigüedad con lo tocante á la Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe.

A los diez años de conquistado este dilatadísimo reino, cuando aun humeaba la sangre derramada en las luchas guerreras y apenas iban naciendo á la fe los indios, se dejó ver la Santísima Virgen, en medio de ellos, como Madre y protectora de esta nación.

A los indios y no á los españoles se apareció, y arraigándose entre ellos la tradición, de las bocas de Juan Diego y Juan Bernardino, pasó la relación del milagro á

las de aquellos que la narraron después á los testigos de la famosa información del año 1666; éstos la transfirieron á otros, y así ha ido corriendo la voz de uno en otro siglo, hasta el presente. No hay indio alguno en toda la nación que no sepa al pormenor la Aparición, sin necesidad de entrar en comunicación á este respecto con los españoles y sus descendientes.

No hay entre ellos quien no tenga á la Santa Imagen en su choza; no hay quien no traiga una estampa de ella; no hay quien no lleve grabado en su corazón su hermoso rostro; no hay quien no invoque á la Santísima Virgen en medio de sus mayores trabajos y conflictos, con el amor y confianza que un hijo acostumbra con su madre; no hay quien no la visite en su santuario con el más religioso culto, con la más ferviente devoción y el respecto más profundo, cual rinde un siervo á su Ama y Señora. Así la nombran generalmente.

¿Cuál es el origen de tan piadosa conducta? La tradición que han recibido de sus antepasados. Esta fué la que dejaron pintada en sus *mapas*, esta la que entonaban en sus cantares, y nunca se les cae de los labios la dulce jaculatoria: *Mi Señora de Guadalupe, mi limpia Madre y Señora*. Este es el tesoro que deja cada indio á su hijo y este es el que pasa como herencia legítima de una en otra generación.

Esta no interrumpida cadena es el más firme apoyo de la tradición, y se ve con los ojos y se palpa con las manos por una experiencia continuada de más poder y fuerza que todas las escrituras públicas y procesos más formales de los archivos. Los siglos todos con que la pública autoridad suele sellar las informaciones más solemnes, no equivalen á la voz universal y uniforme de los

pueblos. Los papeles se pierden; los pergaminos se borran; la polilla roe las letras; el tiempo devora los caracteres más bien esculpidos en lápidas y mármoles, pero la tradición verbal vive perennemente impresa en los corazones de los mortales. Vánse remudando los siglos; cae sobre los mortales su polvo y pesadumbre; estos se vuelven ceniza, y lo que trasladaron á sus sucesores se conserva indeleble en la memoria, como un monumento sempiterno, y á la manera en que á las orillas del mar, tras de una ola rompe y sigue otra, y así se perpetúa el movimiento de las aguas, del mismo modo en la carrera de la tradición, cae un hombre y tras de él se levanta otro, y por uno que desaparece, no sólo llena otro su hueco, sino que se subrayan muchas filas que dan más cuerpo á la voz, de manera que en los confines del orbe se está percibiendo á un tiempo el clamor de muchos siglos juntos.

Léanse con detenimiento todos los escritores guadalupanos antiguos y modernos, y se verá que desde el indio Valeriano hasta Sánchez, desde Sánchez hasta Tanco, desde Tanco hasta Betancourt, desde Florencia hasta Cabrera, desde Cabrera hasta Oviedo, pudiendo apoyar sus narraciones en la fe de lo escrito por otros autores, no hay uno que no busque como primero y principal fundamento, la tradición. Este es su asilo, su refugio, su fuerza: la tradición.

Esto dicen los naturales, esto aprendimos de nuestros mayores y esto es lo que enseñamos devotamente á nuestra posteridad. Pues en conviniendo muchos en uno, esto es, una nación entera con sus iglesias y prelados, aquello que se cree no puede llamarse error sino tradición.

San Juan Crisóstomo, dijo: «*Hay tradición; pues no se indague más.*»

Son dos ejes de la tradición guadalupana, las dos procesiones públicas que relatan los historiadores del santuario.

Fué la primera la que se hizo por el venerable obispo Don Fray Juan de Zumárraga, el día 26 de Diciembre de 1531, y según otros escritores, el de 1533, con objeto de transportar la pintura de la Santísima Virgen, desde la Iglesia Mayor, en donde fué interinamente colocada, hasta su ermita del Tepeyac.

Consta por la información de 1666, recibida en Cuautitlan que, se pregonó allí á son de *atabales* y en día de *tianguis* ó feria, el de la colocación de la Señora, para que asistiese todo el pueblo y concurriesen á ella los demás pueblos de los alrededores. Consta que asistió á ella la comunidad de los franciscanos y que éstos llevaban en hombros la Santa Imagen, revestidos con ornamentos sacerdotales, en unas andas revestidas de vistosa y rica plumería de diferentes colores, debajo de palio, y después de ellos iba el venerable Obispo, descalzos los piés, y otros sacerdotes incesando la Santa Imagen.

Nada de esto se haría con una pintura si no creyeran que era bajada del cielo.

Es demostración muy extraordinaria de culto supremo de religión la de descalzarse un pontífice para ir con decencia detrás de una imagen, porque es género de reverencia que propasa las que enseña el Concilio Tridentino que deben tributarse á los santos.

Cuando Dios mandó á Moisés que se descalzase, fué para que pudiera acercarse á la zarza de Horeb, donde estaba presente el mismo Dios, y con el propio espíritu

debió hacerlo el venerable Zumárraga, por no pisar con sus sandalias la tierra que había santificado la Santa Virgen María, aparecida en el Tepeyac, y conducida allí en una pintura hecha por mano de los ángeles, pues que creyéndola de mano humana, nunca hubiera usado el venerable Obispo de tan respetuosa ceremonia.

La otra procesión fué la que se hizo en 1544 por los padres franciscanos, con motivo de la peste que los indios en su idioma, llamaron *cocolixtle*, que en breves días se llevó más de doce mil personas de los pueblos circunvecinos de México. Compadecidos los franciscanos, dispusieron una devota procesión de niños indios, como de seis á siete años, que desde el convento de Tlaltelolco hasta el Santuario fueron cantando las alabanzas de la Virgen: al día siguiente comenzó á disminuir la epidemia hasta desaparecer por completo.

Ahora bién, el disponer la procesión á los veintitres años de aparecida la Imagen ¿no es protestar públicamente el milagro de la Aparición?

Y esto hicieronlo los franciscanos cuando en su mismo convento de México tenían á la venerable Imagen de Nuestra Señora de Tepepam, trasunto de la celestial Virgen de los Remedios, la misma que Fray Pedro de Gante mandó labrar de una piedra sacada de la cantera del sitio denominado de los Remedios.

¿Qué pudo llevar á los padres franciscanos del convento de Tlaltelolco hasta una legua de México, sino el de reconocer el alto origen de la Imagen celestial de Guadalupe?

Otra prueba de la tradición es la religiosidad con que se han visto siempre los diversos sitios y lugares que santificó con su presencia la Virgen, en las diversas apa-

riciones y coloquios que tuvo con Juan Diego, en el cerro del Tepeyac.

Primeramente el sitio en que la Señora le entregó las flores, que fué donde se fabricó la primera ermita y se depositó la Imagen. En él fué donde el Ldo. Luis Laso de la Vega, siendo cura del Santuario, labró á costa de limosnas una capilla ó iglesia pequeña, en cuyo retablo hizo pintar á la Reina de los Angeles en el acto de entregar á Juan Diego las rosas que debía llevar de señal al Obispo.

El presbítero D. Miguel Sánchez, primer escritor guadalupano europeo, ordenó que se le enterrase en dicha iglesia en medio de las sepulturas de Juan Diego y su tío Bernardino, á fin de resucitar el último día de los días entre dos tan amados hijos de Nuestra Señora, y ocurrir en compañía suya al Juicio final.

El otro sitio fué aquel en donde oyó el buen indio la música del cielo, y vió en medio de un arco iris á María Santísima, y allí recibió esta Señora, por dos veces, los mensajes que le trajo el Obispo, y finalmente, donde cortó por su mandato las flores.

Este sitio estuvo por más de un siglo marcado con una cruz de madera plantada sobre un montón de piedras; allí levantaron después á sus propias expensas una capilla D. Cristóbal Aguilar y D.^a Teresa Pelegrina, su mujer, en tiempo del Arzobispo D. Fray Marcos Ramírez de Prado.

Deseando algunas personas piadosas averiguar cuál hubiese podido ser el verdadero sitio donde se apareció la cuarta vez la Señora, para adorarlo como santificado con sus soberanas plantas, andando, discurriendo y tanteando el lugar fijo, brotó una fuente á vista de todos los

circunstantes, y por esta señal creyeron que allí había sido su aparecimiento, como si la voz del murmurio de aquellas aguas nos indicase la reverencia con que debemos pisar el pedazo de tierra que hay de dicha fuente á la ermita.

Yace este sitio á la falda del cerro del Tepeyac, por la parte que mira hacia el Oriente, en el plano del camino Real.

Las aguas de este manantial son gruesas y sulfurosas, con sabor, olor y color como de mineral de piedra alumbré; admira el ímpetu y demás circunstancias singulares de esta fuente. Levántase como un plumaje rizado, casi á una tercia del nivel de la tierra, y pareciendo que según la violencia y abundancia con que cae, debería arrojar al egido un copioso raudal de aguas, no sucede así, sino que se revuelve en un hilo tan ténue, tan delgado y sutil, que apenas se percibe al deslazarse, permaneciendo siempre, al parecer, en su alberca, aun después de llena, casi en un mismo sér, sin crecer ni menguar, ni agotarse, ni aun durante los mayores calores.

Tienen esas aguas por medicinales una piadosa experiencia, ya por virtud natural, ya y más por calidad milagrosa, que, según la devoción popular le comunicó la Santísima Virgen al pisar en aquel sitio. Con esta fe se lavaban allí los fieles y las indias bañaban sus hijuelos aun sin designio de curarlos de un mal presente, sino creídas de que así los preservarían de los futuros, y se criarían sanos y robustos.

Viendo el mencionado vicario Laso de la Vega lo frecuentada que era aquella piscina, llamada vulgarmente el *Pocito*, trató de cubrirla por el año de 1648 y 49 con cuatro paredes, en donde hizo pintar las cuatro Apari-

ciones, á fin de que se pudiesen bañar allí con toda decencia y devoción, y puso una puerta con su llave, para que lo hiciesen con mayor honestidad, abriéndose únicamente á personas seguras y ajenas de la menor sospecha.

Un pobre viejo granadino, primero sirviente del Santuario en hábito de ermitaño por siete años, y después por veintiseis en el tercero de San Francisco, su nombre Calixto González Abencerraje, soldado en España y retirado en Veracruz, muerto en 21 de Noviembre de 1786, llevó su celo religioso al extremo de juntar de limosna que pedía á cuantos por allí pasaban, hasta la cantidad de *cuarenta mil* pesos, con que fabricó una capilla de bellísima arquitectura en figura ochavada según el plan del maestro arquitecto D. Francisco Guerrero y Torres. La adornó con altares de buen gusto, en el mayor de los cuales estuvo colocada la pintura que hizo D. Rafael Gutiérrez á expensas de cierto devoto «en un ayate menos fino que el del original, pero más fino que el de Bartolache,» según dice éste en su opúsculo guadalupano.

La construcción de esta capilla demuestra á cuan grandes proporciones llegó la devoción popular. Los fondos para ella necesarios no los colectó ningún potentado, sino un pobre y sencillo anciano, tan fevoroso en su devoción que parecía iluso y creía oír música en el cerrito, y pasaba desvelado las noches bailando y representando los pasajes de las cuatro apariciones.

Ese anciano se estuvo con su plato sobre una mesa puesta á orillas del mismo pozo, y por ello se le llamaba el *Beato del Pocito*.

De sólo el corazón de cada fiel nacía el piadoso impul-

so para dar una limosna, sin otro objeto que el de obsequiar á la Virgen Santísima, prestarla culto, y protestar su aparecimiento en aquel mismo pasaje consagrado con sus plantas, creyendo firmemente que tenía afianzada vida y salud en el agua que brotaba de la tierra, puesto que la Señora dijo que cuantos la buscasen hallarán en ella vida y salud.

Otra obra que sirvió de adorno al Santuario y de complemento á la devoción mexicana, fué la que concibió el canónigo lectoral de la Santa Iglesia Metropolitana, don Francisco Siles, de fabricar quince capillas, oratorios ó humilladeros dedicados al culto y querencia de los quince misterios del Rosario, repartidos á iguales trechos por la calzada de Guadalupe, con el fin de que en los días de mayor concurrencia pudiesen ofrecer cada decenario en su capilla respectiva, en que estaría esculpido cada misterio y el último en la Iglesia de Guadalupe.

Después de la muerte del Dr. Siles, acogió el pensamiento el Dr. D. Isidro de Lariñana, sucesor suyo en la canongía, y después Obispo de Oaxaca: influyó también con sus poderosos auxilios el Arzobispo-Virey D. Fray Payo de Rivera, á quien se debió la renovación de la calzada y el principio de la obra concedida por Siles.

Firme apoyo de la tradición son también las dos grandes Iglesias que se levantaron después de la primera Ermita. En esta dice el P. Florencia que la piedad mexicana adoró á la Santa Imagen por casi noventa años, hasta que el agradecimiento y la devoción juntaron tan gran cantidad de limosnas que hubo con que edificar otra Iglesia grande, cuya primera piedra puso el Arzobispo D. Fray García de la Guerra el año de 1609, fecha que consta en una lámina de plomo que dentro de una

caja de madera se puso bajo la piedra fundamental, y se custodia como venerable monumento por el cabildo de la Colegiata.

Se terminó ese primer templo en 1622. Era su techumbre de madera y artesones curiosamente labrados, con mucho más esmero la capilla mayor, pues, según el P. Florencia, «parecía una piña de oro, cuyo altar tenía un retablo de buen arte en la escultura y constaba de tres cuerpos dorados y estofados con todo primor» y un tabernáculo de plata maciza en medio, dádiva á que cooperó en la mayor parte el Virey, Conde de Salvatierra. Dentro estaba colocada la Santa Imagen debajo de puerta y llave, y dos cortinas que se descorrían cuando se decía misa en el altar mayor, ó pedía ese favor alguna persona de cuenta. Bendijo y dedicó este templo el Arzobispo D. Juan de la Serna, por el citado año de 1622.

Comenzóse á derribar este primer templo en el año de 1692, y se puso la primera piedra del segundo en 1695, en 26 de Marzo, por el Arzobispo D. Francisco de Agúncar y Seijas. Su sucesor el Arzobispo Virey D. Juan de Ortega y Montáñez fué quien se encargó de llevar adelante tan costosa fábrica, y personalmente salió á pedir limosna para ella, tanto en México como en sus alrededores.

En su tiempo se concluyó, ascendiendo su coste á la cantidad de cuatrocientos setenta y cinco mil pesos. Se bendijo y dedicó el día 1.º de Mayo de 1709, en tiempo de la Sede vacante de dicho Sr. Ortega.

El templo es de una arquitectura grandiosa, y de riqueza muy grande; muy notables fueron los regalos que hicieronle el Virey de Nueva España, baylío Frey D. Antonio María Bucareli y el Sr. D. Fernando Menjino, su-

superintendente de la Real Casa de Moneda y corregidor de la ciudad de México.

A estas y las anteriores pruebas de la tradición pone el colmo y remate el milagro visible y permanente de la subsistencia del lienzo y pintura, pues como dice Florencia: «Pone admiración ver una manta de materia tan vil, feble y corruptible como el *yezotl*, que si antes de pintarse en ella la Imagen Santa, la hubieran puesto pintada de otra manera en lugar no tan nocivo ni perjudicial por su humedad y salitre como el del Tepeyac, estaría tan podrida á los veinte años, que se desharía por sí misma, quedándose los pedazos entre las manos.» Lo que se ve es todo lo contrario, pues el ayate permanece, á pesar de los siglos, tan entero, recio y firme como si acabara de tejerse, y con tan vivos, bellos y recientes colores como si acabara de pintarse.

Y pues esto sucede con una manta rala, tosca, tilma de que usan á modo de capa los más pobres y miserables indios, y cuyo tejido burdo, casi sin trama, está compuesto de hilos gruesos y desiguales, sin primor ni curiosidad, mal zurcidos é hilvanados con un torzal de algodón débil y mal torcido ¿no es un milagro estupendo y admirable prodigio que vemos y tocamos diariamente y á toda hora?

El permanecer tan vivos y rozagantes los colores de la pintura, tan lustroso el oro y dorado de los rayos, estrellas y flores de la túnica, sin imprimación, ni sisa, ni aparejo, cuando las pinturas al óleo mejor aparejadas y coloridas, dentro pocos años se saltan, se despuntan y deforman, ¿no es otro milagro singular y otro prodigio?